cretos o, más bien, deseos de cosas inconcretas: ser «el hombre que está esperando una carta», o «ser un río sin orillas ni peces», o «estar muy lejos, en cualquier parte». El poema se hace visionario y las comparaciones adoptan la alexandrina o ambivalente: «como señal o nombre o puñado de sombras». La imagen se tiñe de cierto superrealismo: «el tiempo amontonándose en uno de tus ojos», «el amor viene bajo los blancos dientes a observarte», «tu cuerpo azul de niña donde el viento pasaba sin esfuerzo». En algún punto, la elaboración de esta poesía puede recordar a la de Ángel Crespo.

En las páginas últimas del volumen se agregan unos *Sonetos espirituales*, ofrecidos en homenaje a Juan Ramón Jiménez. El más juanramoniano es el tercero, con cierto toque del famoso *Octubre*. Tienen serenidad y melancolía. En general, Corredor escribe bien el soneto, si salvamos algún consonante inoportuno. Aparte de los poemas aludidos en el curso de esta nota, sendos sonetos aparecen en la primera y postrera páginas que respiran, sobre todo el primero, una sencilla emoción humana: el poeta frente a su propio vivir y frente a las emociones que, hechas verso, le ha dejado entre las manos.

L. de L.

«Hombre nuevo», de Mariano Roldán

Quizá pudieran considerarse tres grupos de poetas en las actuales generaciones españolas. El de aquellos a quienes lo que les importa, ante todo, es el hombre real

e inmediato, el de los que se mantienen en la eternidad de sus sueños y el de los jóvenes que se hallan en trance de liquidar sobras pasadas y de encontrar su personal voz, sin dar la espalda a la verdad humana pero reconquistando la tersura y la belleza del poema. A estos últimos les interesa dejar constancia de la novedad de su voz, y así lo manifiestan, a veces expresamente. Tal es el caso de Manuel Mantero en su *Tiempo de hombre: mi generación tiene un signo distinto*, proclama desde el poema inicial.[1] Tal es, también, el caso de otro andaluz, Mariano Roldán, con su libro *Hombre nuevo*.[2]

Roldán, preocupado antes por el hueso limpio de la poesía que por sus revestimientos sensuales, no participa de esa poesía andaluza dada a la metáfora, como si dijéramos dada a la bebida. Andaluz de la sierra de Rute, en la provincia de Córdoba, escribe una poesía sobria, de verso escueto y entrecortado, tendente a expresar la realidad. Ya en un poema suyo había dicho: *Ver / lo que veo. / Supiera yo otra cosa / y la olvidara*. Realismo que se acusa también en el presente libro que parte de unas citas resumidoras de esta intención: hay que seguir la vida y olvidar a los muertos, las cosas viejas pasaron, todas son nuevas. Con tan rotunda postura juvenil, el poeta sale, «puesto a pájaros», a la calle, a estrenar la vida. La vida, que va y viene entre la gente, hay que vivirla con alegría. Pero ésta también cuesta esfuerzo al hombre nuevo, porque hay lastre de viejas experiencias y hay dolor y lucha que

---

[1] V. nota en el n.º LIX de PSA.

[2] Colección «Adonais». Volumen CLXXXV. Edic. Rialp, S. A. Madrid, 1961.

«prohiben el alma». También hay unos conflictos políticos, una pugna que pone en peligro no ya la vida de un hombre, sino la del hombre. Sólo el deseo de vida nueva y libre puede salvarlo. Ese deseo refresca limpiamente todo el libro y asoma a poemas de diversa temática, pero que siempre ofrecen sensación de sinceridad. Entre ellos, elegiríamos el titulado *La sencillez*. De la mano de esa «casta muchacha», el poeta se siente «el siempre sorprendido». Todo es tan sencillo como el vino y el pan, hasta la vida. Y hasta la misma muerte. Es éste un poema impecable, como una gota de agua clarísima. Sorprende su nitidez, su tersura. Algo parecido podría decirse de otro: el titulado *Manzana*.

No quiero decir que todo el libro de Roldán sea perfecto, afortunadamente para él, que tanto camino tiene para andar. A veces, el escueto realismo, la pretendida nota descriptiva, quedan poéticamente en zona neutra. A veces, el poema puede ser demasiado obvio. Pero es lógico: como a su «hombre nuevo», siempre queda algún lastre por soltar.

Por lo demás, si alguien duda del andalucismo de esta poesía porque no concuerda con los patrones convencionales, repare en que, cuando el poeta ve el tiempo posándose como un ave, no es en cualquier árbol donde se posa, sino en los naranjos. Y cuando oye cantar al cuco, le oye desde el almez. Y es que al fondo del libro no deja de dibujarse el «natal Rute de anís».

L. de L.